

EDMUNDO O'GORMAN, SENTIDOS DE LA INVENCION

Miguel Ángel Quemain*

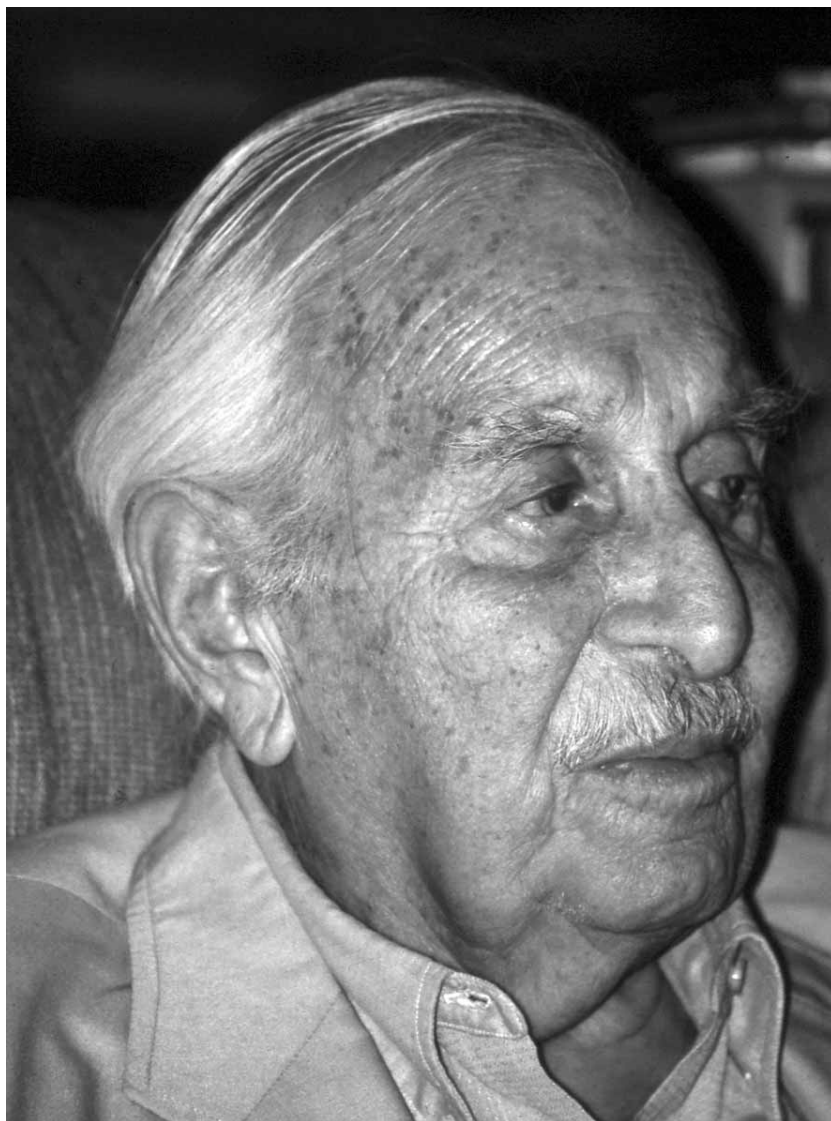
PARA CONTINUAR CON LA CONMEMORACIÓN DE LOS OCHENTA AÑOS DEL BOLETÍN DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN PRESENTAMOS UNA PARTE SIGNIFICATIVA DEL DIÁLOGO QUE EN 1993 MIGUEL ÁNGEL QUEMAIN SOSTUVO CON EDMUNDO O'GORMAN, QUIEN TRABAJÓ A LO LARGO DE 14 AÑOS (1938-1952) EN EL AGN. O'GORMAN INGRESÓ A LOS 31 AÑOS EN ESTA INSTITUCIÓN PRIMERO COMO INVESTIGADOR Y A LA MUERTE DE LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN, COMO JEFE DE LA SECCIÓN DE HISTORIA DEL ARCHIVO NACIONAL (VER MÁS EN WWW.AGN.GOB.MX).

Edmundo O'Gorman (ciudad de México, 24 de noviembre de 1906/ 28 de septiembre de 1995) es uno de los precursores mexicanos de lo que podemos llamar un pensamiento complejo y de su afiliación a una objetividad que consiste en reconocer la posición desde la que el investigador realiza su trabajo, un reconocimiento que alcanza al sentido mismo de la escritura como parte de la objetivación de la subjetividad que define la tarea estética y ética del historiador. Entre otras, éstas son las líneas de indagación en este encuentro que le debo al escritor Carlos Fuentes: "¡Vaya y pregunte a O'Gorman sobre el sentido de la invención de América y se dará cuenta, en voz del historiador, no del narrador, cómo se construye la verdad histórica!"

Con una puntualidad inglesa Edmundo O'Gorman nos abre su puerta a las cuatro de la tarde a pesar de que media hora antes nos observaba por la ventana, repasando un cuestionario enorme de preguntas que podían alimentar una entrevista durante varios días.

Gabriela Bautista revisa la carga de su cámara y sonriendo seduce a O'Gorman tan proclive a las sonrisas femeninas. Le estorbo a la fotografía con comentarios que indagan en la cotidianidad del historiador: es una década que propone muchos cambios pero en la que se vislumbran muchos retrocesos, dice. Se acerca un fin de siglo, pero su anuncio tiene que ver con

* Director de Publicaciones y Difusión del AGN; mquemain@segob.gob.mx



Fotografía cortesía de Gabriela Bautista

dictados que sólo transcurren en el papel de aquéllos que tienen enorme apego por las efemérides y que ven en la historia ciclos como si fueran supersticiones que se cumplirán al modo de un dictado, de un presagio.

Las nuevas tecnologías, los celulares, el desarrollo de internet sólo son medios donde circula la información por canales que transforman el sentido del tiempo, con esas formas en las que uno se enteraba de los acontecimientos. Hoy todo promete ser instantáneo. La circulación de la información es más rápida que nuestra capacidad de hacer algo con ella. Nos enteramos de las cosas de manera inmediata y actuamos sobre ellas como si estuviéramos a fines del siglo XIX.

Gran parte de la producción literaria, me dice, se rendirá a los rigores del mercado y suplementos, revistas y otras “publicaciones semejantes van a pasar de la especialización a su cumplimiento con eso que llaman nichos de mercado. Como todas esas revistas de derecho, contabilidad, turismo y no están exentas algunas literarias como sucede en Europa que son revistas boutique para promover a los autores de una casa editorial.

El próximo siglo será de cambios. Se le ha ofrecido tanto al sujeto individual que la vida en pareja, la vida en comunidad, será uno de los mayores desafíos. La vida en pareja enfrenta muchas mutaciones en México. México es un país que se está europeizando en el peor sentido, sin las bases económicas y de bienestar social. Cuando digo que se europeiza me refiero al crecimiento de la indiferencia por los demás, a las jornadas extenuantes de trabajo libre (*free lance*) con retribuciones económicas y en materia de prestaciones muy poco favorables.

Le comento que los noventa parece ser la década de su consagración definitiva. En todas partes lo reconocen, por donde quiera hay homenajes y que justo hace unos meses sus propuestas sobre la *Invencción de América* han tenido una enorme difusión, más que entusiasta, han representado toda una forma de concebir un continente.

Me dice: “hay en la ritualidad cultural mexicana la figura del homenaje, puede ser previa o posterior a la degustación de la pieza elegida para el carnaval. No creo mucho en los homenajes Como usted mismo me comentaba sobre el caso de Monsiváis, coincido con la visión que me comunica: siento que es demasiado pronto para hacerme un homenaje, pero también demasiado tarde.

“Hay personas que han sido devotos seguidores de mi obra y mi enseñanza, me sentiría muy injusto si digo nombres pero han mostrado un interés por hacer extensivas mis ideas que si bien son mías también

podemos decir que son de un conjunto de historiadores que venimos desde hace tiempo tras las mismas cosas: han estado generosamente interesados por continuar una especie de línea de pensamiento, de interés que han seguido y por fortuna diversificado.”

Se refiere a Patricia Galeana y Eugenia Meyer. Tras su muerte en 1995, Patricia Galeana rindió varios homenajes a O’Gorman, expresamente en el *Boletín* del Archivo General de la Nación donde publicó el autor durante 14 años y a través de reflexiones de colegas y amigos que hicieron un recuento de sus aportes en el AGN y una valiosa reunión de sus trabajos. Casi 20 años después de este comentario la historiadora Eugenia Meyer, publica un libro definitivo sobre la trayectoria del historiador, *Imprevisibles historias*, Fondo de Cultura Económica, México, 2009, donde justamente incluye uno de los textos fundacionales de la escuela de O’Gorman, considerado de una capitalidad fecundante, “Fantasmas en la narrativa historiográfica”.

Con todo, O’Gorman no estaba de moda. El reconocimiento de la Universidad Iberoamericana, como doctor *honoris causa* en 1991, la reedición ampliamente difundida de *La Invención de América* y sus libros en el Fondo de Cultura Económica no habían colocado su figura en el orden mediático. Esta entrevista se realizó justo un año después de los festejos conmemorativos de los 500 años del “Encuentro de dos mundos”, para otros, del “Descubrimiento de América”. Las visiones predominantes y los festejos celebratorios tendieron a reducir la importancia y la necesidad de la reflexión. O’Gorman, a pesar de que los ánimos celebratorios se habían enfriado, echaba fuego por la boca.

Comenté esta entrevista con mi amigo Galo Gómez, encargado entonces de la política editorial del suplemento *La Jornada Semanal* que dirigía Roger Bartra y me dijo que “a Roger le interesaría ver la transcripción completa de la entrevista e igual podríamos publicar una parte en la revista”. Bartra, me comentó Galo, se había reunido con O’Gorman para conversar sobre *El Salvaje en el espejo*, que había aparecido un año antes (1992) y le había conmovido el interés de O’Gorman por ese libro. A tal grado se había prolongado la conversación con el historiador que Bartra reconocería después que las visiones de O’Gorman sobre Acosta y Las Casas serían nutrias en la elaboración de *El Salvaje artificial* (1997), que ya no vería publicado el autor de *La invención de América*.

Traigo aquí esta anécdota porque diecisiete años después Roger Bartra consignaría en su blog en *Letras Libres* (5 de abril, 2010) este encuentro que me parece oportuno citar aquí por la hondura de su percepción hacia el pasado y hacia el futuro:

“O’Gorman veía las intenciones de meter a la historia en el saco de las ciencias sociales como una tendencia antihumanista. Yo en cambio creo que esta tendencia puede humanizar tanto a las ciencias sociales como a la historia. Con esta intención, como antropólogo, he invadido el territorio de los historiadores.” [...] “El hecho es que, con toda su aversión a que la labor historiográfica sea considerada como una parte de las ciencias sociales, O’Gorman ha contribuido de manera creativa a entender los complejos procesos culturales y sociales que se encuentran insertos en el nacimiento del Occidente moderno. Por suerte no lo hizo con la esotérica terminología con que frecuentemente los sociólogos y los antropólogos oscurecen, más que explican, los fenómenos que estudian.”

La literatura y su crítica

–Le agradezco el interés en mi trabajo, pero me da la impresión que usted ha venido a preguntarle a un historiador sobre sus intereses literarios...

–*En parte así es, sobre todo porque no encuentro una respuesta en la crítica literaria.*

–En la crítica literaria no va a encontrar respuestas de orden histórico, etnológico, sociológico... por lo menos eso esperamos. Lo que uno quisiera encontrar en la crítica literaria es una huella de la literatura comentada y por supuesto crítica literaria. Pero eso es difícil. Yo perdí hace mucho la esperanza de encontrar en los comentaristas de literatura una guía de lectura, una recomendación, la confianza para no ir por mi cuenta en caminos que exigen tanta dedicación y respeto por la tradición.

Usted se dará cuenta que son pocos los críticos porque no hemos desarrollado espacios para comentar la literatura de manera amplia, con un criterio capaz de recoger muchas posibilidades de lectura para un mismo tema. Lo que tenemos son clubes de amigos que se comentan entre ellos bajo condiciones dichas y no dichas: las dichas son cínicas, subrepticias, hipócritas. Muchos escritores son los agentes de difusión de otros escritores, comentan los libros de sus maestros, los reseñan, los entrevistan. Cuando se

reseña un libro con rigor, el autor seguramente te retirará la palabra porque se siente atacado, porque te siente envidioso.

–Pero pasa también con los historiadores, en general con nuestros científicos sociales...

–Es un síntoma nacional. La famosa idea de la cubeta de cangrejos, que detesto, es actual, su vigencia es repugnante pero innegable, sobre todo en ciertos círculos. Hay que decir que no en todos porque también en esta sociedad las redes de solidaridad están ahí permanentes, invisibles pero existentes. Basta un elemento que haga indispensable su aparición para que se haga pública esa dimensión que tanto asusta a los gobiernos autoritarios del color que sean, desde los azules de Chihuahua hasta los municipios más amarillos y los verdirrojos progresistas ni se diga. Los escritores de sensibilidad muy fina han dado cuenta de todo esto desde Enrique Florescano y Bonfil Batalla hasta Monsiváis y en su momento Fernando Benítez. No es el hilo negro. Unos dicen que se dan cuenta y otros tratan de que ese saber se mantenga en la sombra. Pero de que se sabe se sabe.

–La relación entre historia y literatura es un problema del interés de los historiadores o corresponde más al de los narradores...

–No podemos generalizar. Le diré que en México es un tópico que le interesa más a los escritores que a los historiadores. Son muy pocos los historiadores que acceden a la consideración de que la historia, como la literatura, tiene que ver no sólo con los hechos sino con un mundo de posibilidades, hipotéticas, que perfilan los rumbos posibles de una circunstancia. Por ejemplo, *Juárez y su México* de Roeder, comparado con la poética mayor de Del Paso. Ambos pertenecen a un orden de pensamiento superior por su complejidad, su orden discursivo. La edición de Roeder prescinde de un aparato documental importante, pero también Del Paso, ¿a quién hacerle caso si las fuentes no están consideradas?

Los novelistas indagan unos cuantos datos del personaje, de la situación y en muchos casos parece que deciden rápidamente que ya tienen la fuerza y la inteligencia para mostrarlo. Mientras que el historiador debe cerciorarse por varias fuentes, cada dato, cada minucia puede dar al traste con la credibilidad que es la única fortaleza del historiador.

Invención y autobiografía

–*¿Invención o autobiografía intelectual?, desde Cuatro historiadores de Indias hasta la Invención de América, un impulso creador, capaz de encontrar y de construir objetos nuevos, originales, en el horizonte de la historia y la filosofía, en la filosofía de la historia.*

–No puedo ocultar el gusto que me causa que diga que en este *libro Cuatro historiadores de indias*, una de las cosas que estoy buscando es hacerme de una autobiografía intelectual. Este trabajo lo inicié en 1939 y, sí, tiene usted razón, traté de responderme en qué consistía escribir historia, traté a lo largo de esos años, que fueron de inicios de los cuarenta y hasta mediados de los sesenta, de entender en qué consistía ser un historiador tradicional y cómo los dispositivos narrativos y conceptuales que se adoptaban nos colocaban en el más terrible tradicionalismo, o en una heterodoxia que podía recibir toda clase de reproches por parte de los más doctos y respetados académicos. Ya en el trabajo sobre Pedro Mártir puntualizo una idea que me pareció de lo que tradicionalmente daba consistencia a la empresa de Colón en 1492. No me parecía una manera adecuada de entender ese hecho con todas las consecuencias que de él se derivaron. Usted debe conocer la severa y molesta respuesta de desacuerdo de Marcel Bataillon.

Puntualizo aspectos que luego desarrollé en mi obra y en los apuntes y prologuitos que hice a algunas piezas documentales que presentaba en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, como por ejemplo nociones, ideas muy tradicionales que son parte del formalismo clásico, de historiadores muy ingenuos que en nuestros días podemos emparentar con los cronistas de indias o incluso con los arcaísmos de Heródoto.

–*No es extraño que dote a Pedro Mártir de algunas de las características que distinguirán su trabajo de historiador, cuando señala justamente que ese historiador de indias da cuenta de uno de los principales momentos en el proceso histórico-filosófico americano... múltiples aspectos que son los grandes temas americanos iniciales como los de historia natural, antropológicos, religiosos y sociológicos...*

–Lo verdaderamente extraordinario es la capacidad de un historiador, académico, escritor, en fin, todo el que tiene que ver con la creación y la imaginación, para reelaborar sus certezas. Yo escribí con profunda admiración

que con todo y la cautela, la prudencia y reticencias Pedro Mártir supo mantener abierto su espíritu y su intelecto a la admisión de una hipótesis que obligaba ya al abandono de una ilustre tradición canónica. Pedro Mártir, supo ver el centro mismo del problema y luchó con sinceridad contra sus propias y anquilosadas convicciones.

A pesar de la grandeza que tuvo Colón él nunca supo entender la enorme pugna ideológica que desencadenaron sus hallazgos. Por eso cuando usted dice que esos trabajos, esos prologuitos, son una aspiración autobiográfica, lo acepto y lo suscribo. Yo también he luchado con sinceridad y dolor contra mis propias convicciones, contra certezas que me inculcaron maestros que respeté y quiero profundamente, pero de las que hoy descreo sin voluntad alguna de dañar a alguien pero sí con la convicción de renunciar a lo que sea necesario para defenderlas...

—Como en el 87 a la Academia Mexicana de la Historia

—Efectivamente y no en nombre ni del escándalo ni del capricho. Se trató de un deslinde, como decía Alfonso Reyes.

—Parte de su genialidad modesta ha consistido en mostrarnos cómo muchos hallazgos, viejos hallazgos, lo único que hacen es cambiar de nombre, pasar de modo subterráneo por algunas épocas y volver a la superficie en otras...

—Estoy de acuerdo. Hay viejas certezas que se hacen incompatibles con visiones que de pronto alcanzan gran popularidad y que para afirmarse tienen que sepultar obviedades viejas. Pasan las modas, ésa es su esencia y las certidumbres retornan.

Mire, desde hace ya algún tiempo se habla del tema de la complejidad en las ciencias sociales. Con todo y su novedad conceptual a mí no me suena nada extraño porque eso es lo que he venido haciendo todos estos años y justo esta manera de meterse en problemas es lo que incomoda a muchos historiadores que ponen sus documentitos en un atril, lo describen, se lo apropian y dicen esto es historia. Claro, hay un esfuerzo y una inteligencia que consiste también en la exhaustividad, que tiene su chiste ¿verdad?, de ir a todos los archivos y pedir todos los legajos documentales sobre la materia que los ocupa. Son historiadores que tienen grandes obras que les llevaron muchos años, muchas horas nalga, ¿verdad?, y que les da derecho

a reconocimientos innegables. Pero qué de la interpretación, qué de la invisibilidad y de las múltiples preguntas que desde tiempos diversos acosan al documento. Un documento es cuestionado por el presente, por el futuro y por supuesto por los tiempos que preceden el origen mismo del documento.

–*En México el ejercicio de historiador ¿es un continuo, hay rupturas, qué significa ser un historiador hoy en nuestro país?*

–Ser historiador en México significa formar parte del río revuelto de posturas generadas por los grupos políticos que buscan justificar sus visiones de México. Durante mucho tiempo se ha pensado la Independencia como una forma de recuperación de la libertad perdida con la conquista. Esta visión triunfalista, estúpidamente triunfalista tiene como consecuencia la negación de la complejidad y los aportes de la vida virreinal. O aceptamos nuestro pasado indio o nuestro pasado virreinal. No se percibe que no somos ni uno ni otro exclusivamente. Justo Sierra convocó a que asumiéramos estas fuertes contradicciones.

No fue muy distinta la controversia que generó la Revolución mexicana. Vimos aparecer indigenismos y nacionalismos de cartón piedra. A lo largo de este siglo nos preguntamos sobre el significado de lo mexicano que suscitó extremismos y también visiones sugerentes y ricas, como *El laberinto de la soledad* o *el Perfil del hombre y la cultura en México*. Búsquedas que posteriormente le dieron autoridad a algunos para sentirse historiadores o parecerlo, como fue el caso de Paz y Fernando Benítez, que por mucha imaginación que se tenga, discurrir sin los anclajes documentales conduce a la especulación que ha caracterizado a intelectuales, politólogos, sociólogos, periodistas, columnistas y diletantes de la política. Invención no es inventar que pasaron cosas de las que no se tienen pruebas.

Digo esto sin afán de molestar, bueno, le aclaro que no sólo esto que digo sino muchas cosas que he dicho han sido sin el afán de molestar a nadie. Mire, la historia como afición es una de las tentaciones intelectuales más difíciles de vencer. Pero se confunden las opiniones que sobre hechos del pasado han traído al presente aquéllos que han hecho el esfuerzo de cotejar en archivos privados, públicos, bibliotecas; versiones de nuestro pasado que no siempre son de lo más completas pero que inspiran a los opinadores a calificarlas o lo hacen los propios protagonistas de los entuertos.

Son opinadores cuya grandeza artística, política o académica nos obliga a escucharlos aunque digan tonterías o abusos por su falta de sostén documental. La genialidad de Paz lo condujo muchas veces a creer que el artificio que le devolvía el espejo era su reflejo, y no: era su caricatura, la deformación que produce el exceso de confianza en una palabra que suele ser creadora. Este reproche Paz lo recibió de filósofos, historiadores, antropólogos.

Mire, querámoslo o no, somos resultado del avance de esa democracia que nos ha traído miles de alumnos abogados, sociólogos, economistas, historiadores... miles, sí, miles y desgraciadamente sólo unos cientos han conseguido empleo. Pero de esos cientos, muchos están en El Colegio de México, en el Fondo de Cultura Económica, en las grandes editoriales mexicanas, Grijalbo, Siglo XXI, incluidas pequeñas empresas familiares que han empleado a todos estos egresados que se han multiplicado. Qué vamos a hacer con toda la fuerza intelectual que están produciendo las universidades (incluidas las patito). Con todo, ese desarrollo era impensable décadas atrás.

Por qué le digo esto: porque antes éramos un puñadito de estudiosos. Ahora es necesario un equipo de personas para pensar todo lo que se ha conseguido. Todos estos jóvenes intelectuales a los que me refiero, vienen de escuelas públicas, de universidades autónomas, la UAM, la UNAM. Hasta hoy estamos viendo a los primeros egresados con alguna influencia intelectual y académica que vienen de escuelitas e institutos privados que están haciendo sus pininos en la producción de conocimiento. Vea usted una universidad como la Ibero, apenas empieza a descollar con grandes esfuerzos. Historia es uno de los pocos departamentos en la Ibero que podemos decir que ha producido conocimientos que respalden la labor de esa universidad. Lo que es innegable es que muchos de sus egresados regresan vía universidades extranjeras, fundamentalmente norteamericanas, que la mayoría de los egresados de las universidades públicas no pueden pagar. Ahí el único filtro es el dinero. Quien paga, estudia. El filtro de la admisión para extranjeros en esas universidades todavía me parece muy endeble.

Fíjese, desde la llegada de los exiliados españoles y de ahí todos los exiliados que nos han enriquecido, los guatemaltecos, los chilenos,

los argentinos, uruguayos, brasileños, peruanos. Me refiero a exilios y autoexilios. No sólo son parte de esto a los que echan de su país sino también todos aquellos que encontraron su patria irrespirable y se vinieron para acá. Coincidió con la llegada de los españoles un desarrollo creciente de las instituciones mexicanas, desde la UNAM hasta el INAH, junto con la Escuela de Antropología y la presencia de mexicanos que ya habían probado las delicias de ese *banquete* internacional de filosofía, política y contracultura.

Glosando a Krauze, lo que es cada día más necesario es una historia sin adjetivos, libre de las modas, libre de esa especialización que ha dado como resultado unos doctores y doctorandos profundamente conocedores de la nada. Me cuesta mucho trabajo concebir un estudiante de doctorado preocupado exclusivamente por las espuelas de Villa y cosas por el estilo.

Enrique Florescano llevó al INAH a un grupo de jóvenes que dotaron de aire fresco al trabajo de indagación histórica: José Emilio Pacheco, José Joaquín Blanco, Carlos Monsiváis, Antonio Saborit, Aguilar Camín, quien ahora es tan cercano a Salinas que ha convertido a su grupo en un conjunto de cachorros consentidos del presidente.

–Tal vez le enoja que sean ellos y no otros los elegidos del régimen, cada sexenio ha tenido su historiador, su cineasta, su antropólogo o su arqueólogo... Finalmente poseen una obra que los pondrá a juicio de la historia, todos ellos se mueven en las aguas de las ciencias sociales, el periodismo y la literatura...

–Tal vez a usted le enoja que hablé así de un grupo que le simpatiza mucho... Le voy a ser franco, no me enoja. Me entristece porque pienso que en todas esas actitudes que hoy se revelan como acomodaticias nunca hubo sinceridad ni honestidad intelectual, que el mérito principal consistió en armarse de paciencia y esperar para poder servirse con la cuchara grande. Desde principios de los setenta se pensó en dos vías: una la armada, que culminó en una triste guerrilla, que le advierto, retornará en algún momento. Y otra, la de aquellos que pensaron que había que entrar a las entrañas del monstruo y vencerlo desde allí. Quienes optaron por vencer al enemigo desde sus entrañas no se han dado cuenta que están siendo digeridos y que al final del proceso, del sexenio, para decirlo sin metáforas, mucho de lo que fueron será bagazo. Pero vamos a ver, usted tiene también razón, en ese

grupo hay verdaderos muchachos cultos y auténticos escritores e investigadores. El tiempo nos dirá quiénes son, claro, siempre y cuando el espíritu antirreeleccionista siga vigente en México.

–No sólo en la historia, ¿cree que el periodismo se enriqueció también...?

–Claro, aunque el panorama que vivimos hoy con un periodismo tan artificial y tan hueco, dificulta creer que hubo un pasado rico y propositivo. Desde finales de la década pasada (O’Gorman, recordemos, se refiere a los ochenta) se consolidan sólo algunos periodistas que en realidad son escritores que trabajan en periódicos. También son híbridos muy extraños y fascinantes como Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska, Vicente Leñero que hacía de cada ejercicio periodístico un laboratorio personal de experimentación literaria. Monsiváis se consolidó como gran cronista con sus trabajos sobre el terremoto.

Monsiváis no se dejó amedrentar por los sujetos a los que denunció a través de su trabajo periodístico: esos edificios se cayeron porque fueron contruidos por manos asesinas, por un sistema putrefacto que no pensaba en la gente. Hay dos escritores que si bien están en las antípodas, ambos son de una grandeza innegable: Ibarguengoitia y Ricardo Garibay, pero vea usted, sigo del lado de los escritores. ¿Son escritores o periodistas? ¡Pues son escritores, hombre! Hay periodistas que hacen un gran trabajo pero convierten en lugares comunes los hallazgos de los escritores o se regodean en lugares comunes que consideran literarios para hacer periodismo.

Por ejemplo, vea: “y el entrevistado entró parsimoniosamente y se sentó con la cautela de un felino. Una vez reclinado en su silla tomó su taza de café y mojó sus labios. En la habitación se esparcía el humo de su fino cigarro...” no me diga que eso es literatura, pamplinas es un regodeo en el lugar común. Todavía recuerdo vivamente los trabajos de Efraín Huerta, de José Revueltas, de Pepe Alvarado, de Renato Leduc. Otra clase de escritores, duros, vivos, cultos, sensibles. Hasta Spota hizo buen periodismo, qué decir de Ángel Fernández; si valía la pena ver esos partidos horrendos de fútbol mexicano era por ese cronista que era capaz de ponerles los adjetivos más luminosos a los personajes más grises.

–*Todo lo que usted describe lo encontró de regreso del mundo de los abogados.*

–Abogados, ¿había otra manera de introducirse en el mundo de las humanidades? La llegada de los españoles transterrados definió un horizonte filosófico que nos llegaba gracias a *la Revista de Occidente* y el mundo de Ortega y Gasset. Antonio Caso fue una figura definitoria en cuanto a lecturas, muchos intereses venían de sus comentarios docentes. Lo mismo pasó con Gaos. Su llegada introdujo muchas cosas inéditas entre nosotros. Si Croce fue importante, a su llegada cobraron sentido pensadores como Heidegger, Descartes, Locke, Hume. Ahí se incubaron muchas ideas que después traduciría en libros por venir. Viagé mucho en esos años, le estoy hablando de los cuarenta. Ya me fui hacia atrás, pero es necesario recobrar esa memoria para entender disputas, posturas y visiones que hoy dan como resultado grúpculos, luchas académicas que para los más jóvenes son inexplicables.

–*Hoy para descalificar a un escritor le dicen que es periodista, como sucede con Monsiváis y Poniatowska, así pasó con usted, para descalificarlo como historiador le decían que era filósofo...*

–Jajaja... es cierto. A veces suelo olvidar esos capítulos tan cómicos. Mire, nadie puede negar que he trabajado con los materiales propios del historiador, los materiales documentales. Pero no me quedo, no me quedé, con las transcripciones de documentos y su descripción. Para muchos ahí termina su trabajo. Dicen me encontré con un documento rojo con letras negras, de lo cual podemos sacar en conclusión que en ese tiempo los documentos eran rojos y se empleaban letras negras. Es muy divertido leer esa clase de conclusiones. Muchos historiadores que no son “filósofos” como yo, se incomodaban con búsquedas que pretendían profundizar en ciertos aspectos de la historia. Los entiendo. Estamos en los años noventa. Cuarenta años después seguimos en las mismas, describiendo el documento rojo para decir que en esa época había documentos rojos. Hay cosas que no cambian.

–*Hay pensadores sin alumnos, sin escuela... ¿usted se considera legatario de una escuela, de un alumnado...?*

–Mire, he tenido alumnos, puedo presumir que en mis clases y en mis clases/conversaciones he contado con escritores, historiadores de gran peso, jóvenes que rápidamente aprendieron a caminar a solas y construir su propia

vida intelectual y profesional: recuerdo a Sergio Fernández, convertido en una potencia intelectual y escritural, a la exquisita e inteligentísima Josefina Zoraida Vázquez, a Elisa Vargaslugo, a Rafael Segovia, Eduardo Blanquel, Jorge Alberto Manrique, son algunos nombres de profesionales eminentes, pero hay otros muchos que debería nombrar y que injustamente no hago el esfuerzo por recordar en este momento. Pero alumnos en el sentido de continuadores no tengo. Mi obra se ha construido en nombre de la curiosidad y del deseo, si usted quiere llamar así a esa fuerza impostergable en la que uno invierte la vida, todo, para conseguir algo. Y así es difícil hacer una escuela. Es una heterodoxia que va dejando coincidencias, complicidades, amistades, quizá lecciones involuntarias. Nada más.

—¿*Vuelve al Archivo General de la Nación como visitante?*

—El AGN es muy importante pero no debemos olvidar a los que están abandonados por la ignorancia de los políticos y los gobernantes en el interior del país. Desde gobernadores hasta presidentes municipales es importante que recurran a sus archivos. Pero la mayoría, lo sabemos, son destructores del patrimonio y de la memoria. Lo que más les conviene es inventar el pasado, hacerlo a su modo porque así controlan a la gente. Recuerdo todavía cómo venían esas pobres gentes campesinas a validar, a certificar sus derechos a la tierra, su pasado volcado en situaciones limítrofes. Algún día los archivos se incorporarán a esta nueva dimensión tecnológica que permitirá el acceso *vía modem* a la documentación desde cualquier punto del planeta y eso será muy bueno para poner al alcance nuestro pasado tan parcelado y sometido a esas mentes latifúndicas que nos gobiernan.

El historiador imprevisible

O’Gorman: historiador imprevisible, titula Roger Bartra en su blog *La jaula abierta* (*Letras Libres*, 5 de abril, 2010) el comentario que hace al sólido libro de Eugenia Meyer, *Imprevisibles historias*, Fondo de Cultura Económica, México, 2009. Es un comentario que sitúa de frente y de perfil los alcances y la contribución, la presencia de O’Gorman en la historiografía mexicana.

“O’Gorman fue muy moderno cuando impulsó su idea de la invención de América, una cristalización cultural que le daba sentido, dentro de la tradición

occidental, al Nuevo Mundo. Su idea fue un precedente de interpretaciones que, como la de Eric Hobsbawm, entienden la tradición como un fruto de invenciones modernas. La antropología y la sociología han desarrollado ideas similares que explican las formas sociales como el producto de una construcción o una invención. Hoy, incluso, se exagera enormemente al interpretar todo, o casi todo, como una invención. O’Gorman aplicó la idea, hacia el final de su vida, a lo que pudiéramos llamar la invención del guadalupanismo, en su libro *Destierro de sombras* de 1986.”

La virgen de Guadalupe: su última invención

La virgen de Guadalupe es mucho más que un mito. Más que una devoción católica novohispana. Guadalupe es un eje central de la historia de México desde la colonia. Desde el siglo XVIII, los jesuitas privilegian el culto, y hasta la fecha podemos valorar su importancia en la sociedad mexicana. Ser mexicano y guadalupano es lo mismo, independientemente de la religión que se profese.

Destierro de sombras y luz en el origen de la imagen y el culto de nuestra señora de Guadalupe del Tepeyac (UNAM, 1986): “es un libro que tiene su origen en el azar. No tengo la idea de escribir sobre temas determinados sobre los cuales hacerme un programa. Soy un historiador que ha dividido su vida entre lo serio y la frivolidad, por fortuna.

“Nunca pensé en escribir un libro sobre el culto guadalupano, lo hice a partir de mi acercamiento a la obra de Fray Servando Teresa de Mier, sobre quien escribí tres libros, que titulé *El heterodoxo guadalupano*. Es un personaje extraordinario. Para entenderlo tomé como tema eje su admiración y devoción al culto guadalupano en México.

“A Teresa de Mier, un guadalupano ferviente, le fue encomendado por el Ayuntamiento el encargo más extraordinario y honorífico de toda la Nueva España: el sermón del 12 de diciembre para la patrona y reina de México, la virgen de Guadalupe. Es muy curioso el caso de Mier, porque un fiel guadalupano como era, fue transformando su punto de vista, cada vez más crítico, y pensando que realmente no había tal aparición. Eso me sedujo para escribir *Destierro de sombras*, una visión que no deja de tener algo de literaria.

“*Destierro de sombras* es un libro que despeja sombras en torno al mito,

no es que yo pretenda hacer procedimientos en contra de Guadalupe, es un libro muy serio, muy respetuoso sobre la imagen y el culto. A lo largo de este siglo, ha sido una constante encontrar diatribas y libritos que dicen horrores de nuestra señora de Guadalupe. Eso me parece de un pésimo gusto.”

–Uno de los historiadores franceses de mayor prestigio, Jacques Lafaye, ha estudiado el tema y hace un análisis de las correspondencias entre Quetzalcoatl y Guadalupe. . .

–¡Eso no es ninguna novedad. No estoy de acuerdo, me parece jalado de los pelos porque el culto guadalupano no es de origen indígena. El culto de Guadalupe tiene una secuencia: realmente empieza siendo una virgen de los españoles, de los criollos, aunque los indios tomaron una parte importante porque ahí estaba el culto de la diosa azteca Tonantzin. Seguían viniendo, como dice Sahagún, ‘de lenguas tierras’ a sus peregrinaciones. Pero el primer culto, es de los criollos. Esto tiene una razón complicada. La preocupación fundamental del criollo es ontológica, él dice: ¿soy español?, pues sí, pero, ¿soy español?, pues no. Es un problema en el centro del ser criollo, una ambigüedad. Los criollos para afirmar su originalidad requerían del espaldarazo divino, y en eso consiste el origen y la importancia del culto guadalupano: la necesidad del criollo de tener su invocación celeste. Muchísimos países tienen su santo, su devoción, y esto viene de la Edad Media, por supuesto. En Inglaterra es San Jorge; en España, Santiago. En cada país un santo hace su aparición. Pero aquí, sí que les taparon el monte porque no es santo, sino virgen María. Este problema profundo del alma criolla encontró solaz definición en el culto guadalupano.

–¿Cómo fue posible que la cultura mexicana se apropiara de un tema prestado de la cultura medieval europea?

–Es un relato muy bonito y accesible, capaz de acabar con la angustia criolla por su identidad. Es un relato idílico de cómo aparecieron las rosas: el diálogo del indio Juan Diego con ella y todas esas cosas. Pues todo eso lo escribió este indio españolizado, y el relato de la aparición es muy europeo y viene de una tradición medieval. Hay muchas apariciones de vírgenes, sobre todo en España. Siempre es en un lugar desierto, entre rocas. Esto es un fenómeno peculiar de toda la vida cultural criolla: recoger a un santo con prestigio, encapsularlo en un relato de origen español y convertirlo en

mexicano. La Guadalupe de aquí, toma el nombre de la de allá, pero nada más el nombre. Sucedió lo mismo en Perú, con Santa Rosa de Lima; que viendo bien su vida, era una santita que no hizo nada en especial. Pero en Perú también tenían la necesidad de un espaldarazo divino para calmar y resolver este problema interno de “qué soy”. El mito guadalupano lo da, y pronto se convierte en una preferencia de los indios o mestizos.

—¿Por qué decidió no llamar mito al culto guadalupano?

—Puede decirse mito, pero la verdad es que la palabra mito tiene connotación de mentira. Aunque los mitos funcionan en la mente como verdades, me parece que es algo más... es una mentira-verdad en el sentido en que nosotros le damos existencia a los sucesos y a las cosas al nombrarlas y creer en ellas. El hombre es un animal muy extraordinario, dota de ser a las cosas. Y esta imagen, con el prestigio de un culto español, las transfigura, dándole un nuevo ser que satisface las necesidades de identidad criollas, le da el sostén ontológico que lo saca de esta angustia, de esta duda. Ése es el origen del culto, después viene el esplendor, se abandona lo racional, hay muchos sermones extraordinarios.

Me acuerdo de uno que publicó Francisco de la Maza en su trabajo clásico titulado *El guadalupanismo en México*, donde un jesuita muy famoso les dice a sus fieles durante un sermón: “piensen en el cerro del Tepeyac, es un cerro con rocas y estéril, el 12 de diciembre hacía un frío espantoso y nevaba...” Se decían barbaridades como ésta, en el cerro del Tepeyac nunca ha nevado. Pero eso no cuenta, es la elaboración de una necesidad muy profunda, muy auténtica. Ese modo de ver las cosas es muy frecuente entre los enamorados. El amor transfigura y le da ser a una persona amada. El inmenso esplendor impidió toda reflexión, no se razonaba y así se convierte en Tonantzin, Guadalupe-Tonantzin, es y no es. Una ambigüedad, nada es seguro, se trata de una identidad inestable. En el amor también sucede este fenómeno síquico, anímico y profundo, de transfigurar a una persona en algo especial, único; es la necesidad del hombre de construirse verdades que él necesita para apoyar su ser en algo.

–Su fuerza en nuestra cultura llega a ser tal que ¿es posible pensar en el guadalupanismo como una religión paralela al cristianismo?

–Efectivamente, aún hoy, muchas personas que mejor se encomiendan a la virgen que a Dios padre. La aparición no fue un dogma, pero se ha vivido como tal. Incluso es de tal grado importante esa tradición, esa gran aventura del ser del criollo, que aun los no católicos son guadalupanos, ya no importa eso, y por eso, se ha dicho que todos los mexicanos somos guadalupanos y la Iglesia misma apoya eso. Muy especialmente los jesuitas.

–¿La relación con Hidalgo, es el origen de su heroicidad, de su actitud liberal y ahora padre de la patria?

–El mito guadalupano no tiene que ver con los motivos de la Independencia, su necesidad es separarse de España. Pero la historia en la que creo para explicar la relación Hidalgo-Guadalupe es ésta: pasaba por Atotonilco y ahí se le ocurrió, no en San Miguel, porque hubiera sacado la bandera desde el principio. Él era criollo auténtico, aunque de indio tenía muy poco, era muy español, de ojos azules, pero ahí se le ocurrió este golpe genial. Ahí estaba la imagen, la metió en un palo y salió con ella. Él tenía el sentimiento, pero no era muy guadalupano que digamos, y con la imagen de la virgen le da a su movimiento ya popular, indígena, mestizo, una dimensión que no tenía y que nunca tuvo, por ejemplo, con un hombre como Allende, que era un españolito rico.

–¿El culto guadalupano tiene usos políticos en el México de hoy?

–Sí, con variantes. Muchos grupos se aproximan al mito desde su propia tradición, y la interpretan a conveniencia. Eso sucede desde 1550. Esto, claro, llega desde los indios chamulas hasta los sacerdotes católicos, muchos de los cuales todavía creen en la aparición. Los indígenas aceptan el guadalupanismo de una forma que ya no es la original, sino una mezcla de sus creencias antiguas. Hay muchas cosas escritas en contra de la virgen, de la aparición, muchos dicen que es una mentira, pero por Dios si todo en la vida, en parte, es una mentira, no importa ya, que a mí no me salgan con eso. 